

A SOLAS CON EL

- Me da igual lo que digan, como me da igual que me intenten ignorar. Ya estoy más que acostumbrada a tu no presencia, pero esta vez no te pienso dejar salir. Hoy, cariño, eres sólo mío.

- pero... ¡nada!

- ¡Me da igual lo que digáis! – volvió a gritar, esta vez a los amigos que había llamándole desde el otro lado de la puerta.

– no os voy a abrir esta vez. Es mío. Así que ya podéis marcharos todos – les gritó, apoyando su frente sobre la madera, con sus manos también arañándola, y derramando unas lágrimas que no sabía bien si salían de sus ojos, o directamente de su alma

- Sí, eres mío – le dijo mirándole con una ternura alejada de la ira de su voz – por una vez vas a ser sólo mío. ¿Ni siquiera en un día tan importante me vas a hacer ese favor?.

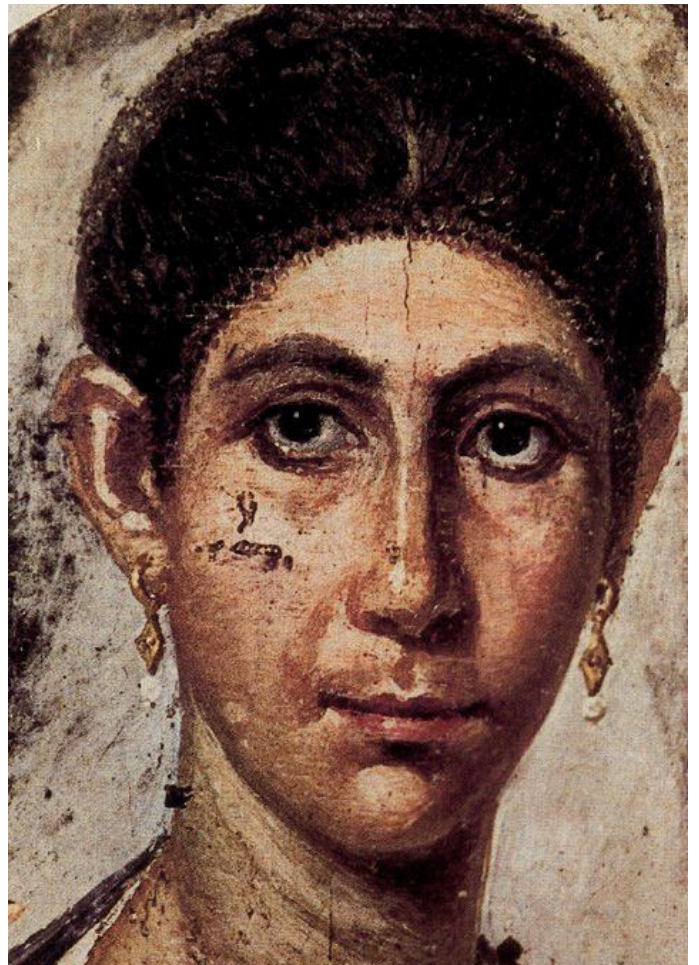
Así María se sentía mejor. Después de más de treinta años de casados no recordaba un día en que estuvieran solos, sin niños, sin amigos, sin fútbol, sin televisión, sin alcohol... sin sus puños de hierro.

Juntos al fin ahora no sabía qué decir o hacer. Y fue allí donde se dio cuenta, un poco tarde, que ese hombre con el que compartía más de cuarenta años de silencios y desprecios no era mas que un desconocido.

Lo que le unía a él eran alientos dormidos que no percibía estando despierto, roces más que caricias, pocos besos y menos palabras amables. De recuerdo quedaban algunas cicatrices físicas, y otras peores... Pero ella le amaba a su manera.

Jamás la enseñaron a amar otra cosa que no fuera ese infierno que había quemado su existencia.

Fue al robar miradas furtivas entre su hijo y su esposa cuando



comprendió todo lo que se había perdido.

En una sola mirada entre ellos, y un entrelazado de dedos mientras veían una película frente al televisor, comprendió que su amor era distinto... muy distinto.

Su hijo – lo recordaba estremeciéndose – acariciaba el pelo de su mujer mientras veía la película, sin esperar nada a cambio, sólo por el hecho de sentirse bien haciéndolo... Si es que era consciente de estar haciéndolo. Ella, por la noche, intentó acariciar el pelo de su marido dormido y borracho. No resultó igual. Y la respuesta, como siempre, otra apertura de piernas para recibir aliento amargo, olor a tabaco y sudor, y un “apártate, que hace mucho calor” cuando él se quedó exhausto al otro lado de la cama.

Ahora, a solas frente al él, quería decirle tanto... pero no encontró el valor suficiente. Era el miedo que le atenazaba... una vez más

Por primera vez tenía tiempo para él, para mirarle, para intentar entenderle... incluso para preguntarle. Tenía tanto que saber...

Allí podía verle perfectamente ese rostro pálido, ensombrecido por las tenues luces de unas velas consumidas, y en su tétrico resplandor, formando un nimbo de luz rodeando su cabeza, bañándola en una dudosa sombra que le hacía más lejano aún.

Sabiendo que su silencio era como el de siempre, y que, una vez más, no respondería a sus plegarias, abrió la puerta, cediendo en su empeño, y se dejó caer sobre sus rodillas. Lloró, y no era una novedad. Pero el llanto era distinto... Tan distinto que la hizo sentir bien por fin.

Los amigos de Jacinto la miraron en silencio. Había llorado. Había tirado todo por el suelo cartas, velas, libros, manteles, hojas arrancadas de libros viejos... y había deshecho la ropa de su marido, que miraba hacia el techo ignorándola una vez más.

- ¿Qué ha pasado aquí? – gritó el hijo, observando a su madre llorando, y la imagen de su padre, ausente, con el pelo alborotado.

- Mamá, tenemos que llevármolo ya. Es la hora

- Está bien, hijo. Ya le he dicho todo lo que le quería decir

- De acuerdo – dijo el hijo, muy sereno – ya podéis cerrar la caja

- Adiós, Jacinto... Ahora volverás a ser de todos. Yo también – le dijo guardando una sonrisa y apretando el mechón de pelo que le había robado en la primera disputa en la que se sentía vencedora.

De un modo u otro, al amar todos nos sentimos maltratados alguna vez.

Dedicado a quien siempre he evitado maltratar.